



# La relación maestro-discípulo

Discurso del maestro Alireza Nurbakhsh  
en el círculo de los *darmish*

*Frutos son de la existencia del amor el hombre y los ángeles,  
muestra devoción para alcanzar la dicha.*

—Háfiz

En el sufismo, el vínculo maestro-discípulo a menudo se define como una relación de devoción y confianza inquebrantable, de modo que el discípulo, al iniciar su viaje espiritual hacia la Realidad divina, deposita su confianza en el maestro y le sigue en su recorrido por la Senda sin objetar y sin hacer preguntas. En esta relación interior, el amor del discípulo por el maestro es la fuerza que le permite seguir al maestro hacia la Realidad.

La historia de Jezr y Moisés, tal como la presenta Rumi en el *Masnami*, es un ejemplo que se utiliza habitualmente para ilustrar esta relación maestro-discípulo. Por la gracia de Dios y guiado por Él, Moisés se convierte en compañero de viaje de Jezr para aprender de él los misterios de la Sabiduría divina. Desde el comienzo, Jezr le advierte a Moisés que: “No vas a ser capaz de seguirme, puesto que no podrás comprender la naturaleza de mis actos y no tienes capacidad para aceptarlos”. A pesar de la advertencia, Moisés insiste en acompañarle. Entonces, Jezr realiza una serie de actos que, en todos los casos, Moisés entiende como ob-

jetables. A la tercera objeción de Moisés, Jezr le comunica que no va a seguir guiándole. Sin embargo, antes de separarse, Jezr explica a Moisés el secreto de sus acciones.

Moisés no pudo seguir a Jezr en la búsqueda de la Sabiduría divina. Quizás confió en sí mismo y en su forma de entender las cosas, antes de hacerlo en Jezr, o quizás fue más importante para Moisés la justificación de los actos de Jezr que seguirle en el desarrollo de los mismos. Cualquiera que fuera la razón, la incapacidad de Moisés para seguir a Jezr tenía que ver fundamentalmente con su falta de devoción y total confianza en Jezr. La confianza inquebrantable en Jezr significaría que, a pesar del desconocimiento de Moisés respecto a las consecuencias y de los secretos de los actos de Jezr, tendría que haberle seguido sin plantear ninguna pregunta ni objeción, tanto interna como externamente.

Tenemos de tener en cuenta que ofrecer la devoción y depositar una confianza inquebrantable en alguien no es algo que surja inmediatamente.

Esta relación interior normalmente se establece tras años de conocimiento e interacción con la persona. Es obvio que al comienzo de esta relación y, antes de que alcance el punto de una verdadera confianza, debemos de formalizar toda pregunta que consideremos necesaria y observar atentamente el comportamiento de la persona. Cuando se establece la relación maestro-discípulo, es poco habitual que el discípulo alcance la fase de la confianza inquebrantable nada más ser iniciado en el camino espiritual. Exige años de perseverancia del discípulo y una gran paciencia por parte del maestro para que esa confianza se desarrolle.

En este período de adquisición de confianza inquebrantable en el maestro, las expectativas del discípulo en relación con el maestro son de un comportamiento conforme a sus convenciones y normas de conducta. Es semejante a la relación entre Jezr y Moisés, en la que el segundo espera que el primero siga las normas y comportamientos convencionales. Sin embargo, una vez que el discípulo adquiere la confianza inquebrantable en el maestro, la relación entre ambos se transforma y cambia a un nivel que va más allá de las convenciones y del mundo de las justificaciones y las razones. Es el comienzo del viaje del amor y de la no-existencia, unas cualidades que nos hacen ignorar nuestro propio interés en relación con los demás.

Cuando actuamos desinteresadamente y por amor, vamos más allá del mundo de las reglas y las convenciones, las cuales están concebidas principalmente para protegernos de los demás. Sin embargo, actuar sin interés es algo que no está en nuestras naturalezas. Nuestro impulso es protegernos y actuar en interés propio.

Nuestro ego nos exige protegernos antes que proteger a los demás, pero en la Senda sufí se requiere del viajero del camino de la Verdad que, como un gnóstico enamorado de Dios, anteponga a los demás a sí mismo. En la escuela sufí, el

maestro es alguien que nos enseña el desinterés y la no-existencia mediante el ejemplo y que, a veces, exige al discípulo actos desinteresados. Pero, sin la confianza del discípulo en el maestro, esto es imposible.

Cuanto mayor es la confianza en el maestro, más fácil es para el discípulo seguirle en el camino del amor y el afecto. No obstante, el amor y el afecto por otro es algo que no puede ser enseñado mediante palabras. Una madre no enseña a su hijo a actuar cariñosamente con los demás únicamente tratando de que confíe en sus palabras. Actúa de forma cariñosa con los demás y el niño sigue su ejemplo. Del mismo modo, un maestro no puede persuadir al discípulo de que actúe con amor y cariño con los demás exhortándole mediante charlas sobre el tema. El maestro actúa con amor y el discípulo sigue su ejemplo. Una vez más, sin la necesaria confianza en el maestro, el discípulo no puede dar este paso.

La relación maestro-discípulo, al igual que cualquier otra relación basada en la confianza, puede tomar derroteros equivocados y ser dañina para ambos. El peligro para el discípulo es el siguiente: en lugar de confiar en el maestro como el guía que le conduce hacia la Realidad divina, lo convierte en un ídolo, y además en un ídolo que debe actuar conforme a las expectativas y deseos del discípulo. Como cabría esperar, cuando el maestro no se comporta de la manera esperada, el discípulo se desilusiona y, en consecuencia, es incapaz de continuar el viaje espiritual. El peligro para el maestro es el abuso de la confianza depositada en él por el discípulo, de modo que en lugar de dirigirlo hacia la Realidad divina lo hace hacia el desierto de su propio ego.

